DIA 21.

Los alemanes incendiaron anoche la *Rue de Pitteurs*, el pequeño barrio obrero de la *Petite Bêche, Grande Bêche* y *Rue Gravioul;* varias ca-

sas de la Plaza de la Universidad y del Muelle de los Pescadores. Es lo principal; pero aún hay casas quemadas en otros muchos sitios. Más pérdidas que las que ocasionó el bombardeo.

¡Qué brutal ironía la de estos hombres! Hace dos días, cuando exigieron a la ciudad la contribución de guerra, prometían, más bien dicho, aseguraban respetar la propiedad. ¿Lo de anoche será para obligarla a pagar más pronto los cincuenta millones?...

Hay detalles de una crueldad primitiva, desconcertantes tratándose de un pueblo tan adelantado. Pero esta Alemania orgullosa nos trae una prueba más de que en los Imperios, como en los individuos, la herencia es inexorable y no cede a los ruegos de la ciencia más alta. Podrá enmudecer, saltar siglos con la misma facilidad que generaciones; pero un día vuelve, con todo el peso de su

silencio, en los pueblos que se creían más sanos, más conscientes, más dueños de sí mismos.

Quiero imaginar, quiero creer, que los incendiarios de anoche, con razón o sin ella, están hoy sorprendidos de su obra. Son burgueses alemanes que en un momento de embriaguez, de locura, escucharon en su alma la voz ancestral, el alarido de aquellos bárbaros, sus padres, que dormían en el caballo para llegar más pronto a destruir Roma.

Así me explico las atrocidades de anoche; pero si son también hijas de su metódica y omnisciente organización, entonces, oh!, entonces es el pueblo más miserable de la tierra.

El procedimiento es muy sencillo: se oye una detonación e inmediatamente, sin esperar, sin averiguar su procedencia, tirotean las ventanas a derecha e izquierda. Después traen las ametralladoras, los cañones, y atacan las calles silenciosas.

Finalmente, entran en acción los petroleros: un soldado destruye a hachazos las ventanas que han resistido; otro llega y arroja en el interior un rosario inflamado de pastillas de petróleo sólido. Cinco minutos después principia a arder toda la casa, pues las pastillas desarrollan un número fabuloso de calorías y las casas belgas son relativamente pequeñas, entrando mucha madera en su construcción.

Tengo en mis manos un ejemplar de estas pastillas: son del tamaño de una moneda belga de a cinco céntimos; color moreno, ámbar por transparencia, inodoras y eminentemente combustibles. Un pequeño agujero que tienen en el centro sirve para pasar una cuerda y formar rosarios.

He hablado con varias personas que presenciaron los acontecimientos de anoche. Con el Dr. *D.*, amigo mío, que atendió a dos soldados en la misma

Plaza de la Universidad; con las mujeres, madres y viudas, que vinieron al Depósito a reconocer sus deudos; finalmente, con los soldados alemanes que fueron heridos y que se curan en el hospital.

Todo el elemento militar está unánime: la población se sublevó y los francotiradores los atacaron desde las ventanas de las casas.

Para los vecinos de las calles *Petite Bêche*, Gravioul, etc., fueron los estudiantes rusos los autores del motín, arrojando pequeñas bombas contra las patrullas.

Mi amigo, el Dr. *D.*, encontró municiones en la herida de *uno solo* de los dos soldados que atendió en la Plaza de la Universidad.

Fué terrible lo que pasó en esta plaza. Al oír las descargas los vecinos se refugiaron en las cuevas; pero al ver que las casas principiaban a arder intentaron salir por la ventanilla, impidiéndolo los

culatazos de los fusiles que daban los prusianos en las cabezas que asomaban. Así deben haber perecido muchos desdichados; no se conoce el número, pues las casas arden aún.

El Dr. *D.*, vió una escena del más puro salvajismo. Un joven, en paños menores, daba gritos espantosos sobre los tejados de las casas que ardían, pedía que lo salvaran, él nada había hecho, dormía cuando lo despertaron las ametralladoras. Los soldados alemanes permanecieron impasibles, viendo hundirse los tejados sobre los cuales danzaba el infeliz, loco de terror.

Varios comerciantes españoles, mallorquines o canarios, establecidos en Lieja desde hace tiempo, fueron hechos prisioneros y fusilados, según se dice.

El pequeño Depósito del hospital no puede contener todos los cadáveres, ha sido necesario colo-

carlos en los pasillos. No son sino hombres (1), algunos muy mozos, la mayoría está en paños menores y con la cara destrozada — por las ametralladoras o un casco de obús —, imposible de identificar; la identificación se hace por las prendas que visten. No hay un solo ruso entre todos ellos, lo que no deja de sorprenderme, pues si es cierto que arrojaron bombas, deberían de haberlos fusilado al punto; pero esperemos, tal vez lleguen más tarde, cuando remuevan los escombros humeantes.

Se atienden en el hospital cinco soldados y una *Excelencia* con un *bayonetazo* en el hombro derecho y un hemotórax, producido por bala cónica de gran velocidad; lesión semejante a la de los soldados que nos llegan de la línea de fuego.

Además ha venido a curarse, marchándose después, *un general con un ligero bayonetazo en la cara.*

(1) Más tarde se encontraron en una cueva dos mujeres y una niña carbonizadas.

En ninguno de los soldados heridos hemos hallado municiones; todas las lesiones son enormes, producidas por bomba o casco de obús. Los plomos encontrados por mi amigo el Dr. *D.*, de cuya veracidad estoy seguro, pues es un patriota y detesta cordialmente a los *Boches,* me los explico de este modo: un burgués timorato y alarmado con las detonaciones, como el farmacéutico Cambresier, hizo fuego sobre una patrulla e hirió al soldado que curó el Dr. *D.*

La hipótesis de las bombas rusas pudiera convertirse en realidad, pues las heridas que presentan los soldados son muy sospechosas. Además, los pobres rusos tienen fama de revolucionarios y aun de nihilistas. Pero ¿cómo conciliar con esta hipótesis los dos bayonetazos recientes — dados momentos antes de curarlos en el hospital —, uno

en el hombro de su *Excelencia* y otro en la cara de su *Eminencia?*... (1)

En días pasados se habló de soldados bávaros fusilados en los cuarteles. ¿No habrá sido lo de anoche un intento de insubordinación, diluído en la sangre inocente de los belgas?... Esto también debió de suceder para poder comprender los dos bayonetazos. Después vino el burgués timorato que descargó su fusil sobre una patrulla, y luego la brutalidad de los vencedores, el alarido antiguo, la garra de hierro exprimiéndoles el cerebro para arrancarles la barbarie primitiva, adormecida y oculta con años de trabajo y de laboratorio.

---

(1) Los estudiantes rusos fueron expulsados de Lieja dos días después, sin que mis amigos, numerosos entre ellos, se quejaran de compatriotas fusilados o desaparecidos. Protestaban solamente contra lo dispuesto por la Autoridad alemana, y contra algunos belgas mal informados o indignos.

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

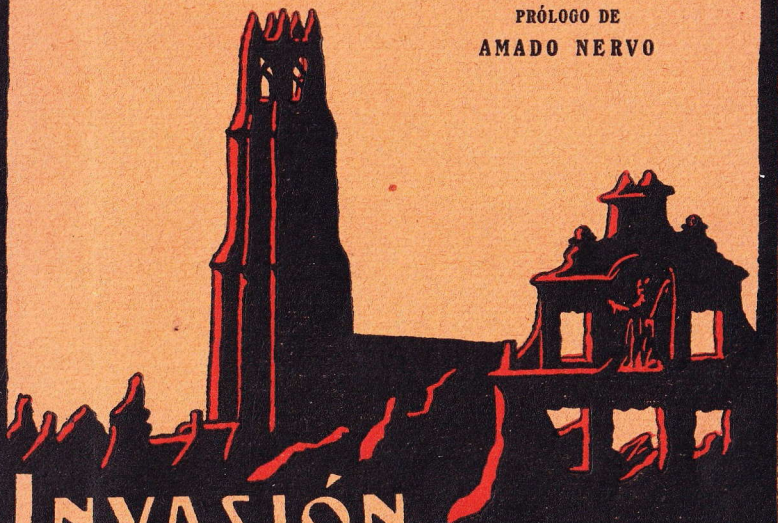
VOLUNTARIO DE LA CRUZ ROJA BELGA

PALABRAS DE

FRANCISCO VILLAESPESA

PRÓLOGO DE

AMADO NERVO



INVASIÓN y CONQUISTA DE LA BÉLGICA MÁRTIR

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ
VOLUNTARIO DE LA CRUZ ROJA BELGA

—ooo—

Invasión y Conquista de la Bélgica Mártir

PALABRAS DE
FRANCISCO VILLAESPESA

PRÓLOGO DE
AMADO NERVO

FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
16, PRÍNCIPE, 16 - MADRID